

puede arrebatarse al enemigo, sino contentarse con obtener los resultados impuestos por las necesidades políticas.» A causa de esta moderación de Bismarck, que prevaleció sobre la codicia del rey de Prusia, Austria, en mil ochocientos sesenta y seis, no había perdido realmente más que la dirección nominal de la Confederación germánica; privóse á su soberano de una distinción casi meramente honorífica, pero no se infligieron heridas incurables al amor propio del pueblo. Ya meses antes del momento á que nos referimos, la reconciliación parecía ser un hecho, aunque nada se hubiese hablado todavía de alianza.

Deseoso de apresurar la realización de su proyecto, Bismarck hizo que el emperador Guillermo diese el primer paso, visitando á su colega de Austria en Ischl, en Agosto de mil ochocientos setenta y uno. A los pocos días, Francisco José fué á Salzburgo, donde le esperaba el monarca alemán. En estas entrevistas, Guillermo I trató de probar á Francisco José las ventajas que á ambos imperios les proporcionaría su alianza, insinuándole delicadamente cuán triste sería para él el tener que tomar la defensa de los intereses germánicos en Austria-Hungría, si llegaban á lastimarlos ó á comprometerlos las exigencias de los eslavos; también deslizó la especie de que la inteligencia se facilitaría separando á Beust del poder. En el entretanto, el canciller austro-húngaro conferenciaba amistosamente en Gastein con Bismarck, que echaba mano, para cautivarlo, de todos sus recursos, fundados en aquella naturalidad, sencillez y buen humor de que tan buen uso sabía hacer cuando le convenía. «Las tres semanas, dice Beust en sus *Memorias*, que pasé en Gastein con el príncipe de Bismarck, me han dejado recuerdos sumamente gratos. Nos alojábamos en la misma casa, y nos veíamos casi diariamente. Cuando se está en buenas relaciones con Bismarck, no hay en el mundo mejor compañero. Sus expresiones son, si cabe, más originales y más típicas que sus ideas, yendo acompañado todo ello de un aire bonachón y perfectamente natural, que suaviza los juicios, acres á menudo, que forma de las personas. Expresión favorita de Bismarck era la de: «Es un necio rematado», y sin embargo, no pretendía agraviar con ella al aludido.—¿Qué hace usted, me preguntó una vez, cuando se disgusta? Creo que usted no se disgusta tanto como yo.—No, contesté, me enfada únicamente la estupidez de los hombres, pero nunca su perversidad.—Pues bien, continuó, ¿no encuentra usted que entonces es gran alivio para uno poder destruir alguna cosa?—Fortuna es que usted no se halle en mi lugar, porque en tal caso no quedaría mueble sano en toda la casa.—Mire usted, prosiguió Bismarck, señalando los aposentos del emperador Guillermo en la casa de baños; una vez estuve ahí enfrente y me disgusté de una manera terrible: cierro la puerta con violencia, se me queda la llave en la mano y la arrojo en una jofaina, que se hace mil pedazos.—¡Dios mío!, dijo Lehndorf, que estaba en el cuarto, ¿qué tiene usted? ¿está usted enfermo?—Lo he estado, le respondí; pero ya me encuentro bien». Hicieron juntos una excursión los dos ministros, siendo

objeto de entusiastas saludos, á los cuales contestaba Bismarck militarmente, aunque con gran amabilidad.—«Vea usted qué bien me las he arreglado, dijo á Beust. Antes, cuando la gente escupía á mi paso, vestía de paisano y no necesitaba quitarme el sombrero. Ahora, que me saludan mucho, uso uniforme y no tengo más que llevarme la mano á la gorra». Mientras así intentaba Bismarck ganarse la confianza de su antiguo antagonista, con quien tramaba la pérdida de Hohenwart, fraguaba la del mismo Beust con Andrassy, que había ido también á Gastein.

A pesar de todo, cuando emprendió la vuelta á Berlín, parecía Bismarck haber sacado escaso provecho de su viaje. El conde de Beust, siempre atenaceado en el fondo de su alma por el deseo de ver reconquistar á su patria el puesto perdido en mil ochocientos sesenta y seis, había rehusado atarse las manos por medio de estipulaciones formales, consintiendo tan sólo, y no con mucho gusto, en un acuerdo verbal, por el que se obligaban ambos imperios: primero, á trabajar mancomunadamente para el mantenimiento de la paz; segundo, á no hacer nada en favor del poder temporal del Papa, ni contra el reino de Italia; tercero, á aunar sus esfuerzos en lo posible para contener el progreso de las ideas revolucionarias. Esto era bien poca cosa, y hubiérase creído malogrado el plan del canciller. Sin embargo, al cabo de poco tiempo pudo advertirse, que se había equivocado quien tal juzgara. En efecto, el emperador Francisco José, después de vacilar por espacio de seis semanas, decidióse á falsear los compromisos contraídos con los checos á instancias del ministerio Hohenwart. Hé aquí lo sucedido. El parlamento de Praga adoptó, el diez de Octubre de mil ochocientos setenta y uno, los llamados artículos fundamentales del nuevo derecho pública para toda la monarquía: en esta ocasión, el periódico checo, *Narodny listy*, escribió las siguientes palabras: «La fundación del Estado de Bohemia es la respuesta á la creación del Imperio alemán.» El conde de Beust se opuso á la revolución constitucional intentada por los checos, y presentó al emperador una memoria combatiéndola. Su actitud provocó la caída y el fracaso de la política del ministerio Hohenwart; pero el triunfo de Beust fué semejante al de Pirro, pues á los dos días era destituido, si bien se le nombraba, para cohonestar el lance, embajador en Londres. Diósele por sucesor al conde Andrassy, y entonces se vió que los proyectos de Bismarck marchaban viento en popa. La comedia de Gastein había tenido un desenlace digno de la trama.

Nada tenía ya Alemania que temer de Rusia, al menos por el momento, y así lo comprendió el príncipe canciller, que adoptó también sus precauciones contra cualquiera veleidad ofensiva por parte de los franceses, haciendo que el *Reichstag* prorrogase por tres años la ley militar de Prusia de mil ochocientos sesenta y siete, aplicable en lo sucesivo al imperio entero, y ajustando la convención de doce de Octubre de mil ochocientos setenta y uno, en cuya virtud el ejército alemán debía seguir ocupando doce departamen-

tos de Francia, aunque reducido á la cifra de cincuenta mil hombres: la República había abonado ya mil quinientos millones, de los cinco mil fijados como contribución de guerra. Tranquilo Bismarck respecto á los asuntos internacionales, dedicó preferentemente su atención á los interiores, comunicando vigoroso impulso á su formidable campaña contra el clericalismo, de la que hablaremos con detenimiento en otro capítulo. El ultramontanismo mostrábase más osado que nunca, y arreciaba en su propaganda en todas partes, atizando en España la tea de la discordia y soliviantando en Francia las desatadas pasiones de los monárquicos. En nuestra patria, el caballeroso don Amadeo de Saboya procuraba en vano captarse el amor de los españoles, con la llaneza de sus costumbres, su leal conducta y su noble proceder, como rey constitucional y democrático. Su cualidad de extranjero, hábilmente explotada por sus adversarios, levantaba un muro insuperable entre el monarca y el pueblo. Los dinásticos, faltos de la dirección enérgica é inteligente del general Prim, se dividieron. Creyóse por un instante que esto facilitaría la formación de dos partidos fuertes y robustos, capaces de turnar en el poder; mas á poco hubo de verse que, en lugar de ellos, sólo había dos bandos, que luchaban entre sí con tremendo encono: al frente del uno, el de los llamados constitucionales, estaban el duque de la Torre y el señor Sagasta; capitaneando el otro, el de los apellidados radicales, los señores Ruiz Zorrilla, Rivero y Martos. Desde entonces se comprendió claramente cuán efímera debía ser la existencia de la monarquía de Saboya.

Queriendo sacar partido de las circunstancias, don Carlos de Borbón publicó un manifiesto, diciéndose representante, como el conde de Chambord, del derecho divino y de los principios apostólicos. Pío IX no regateaba su protección al pretendiente, considerando deber suyo, que cumplía gustoso, el apoyar su causa contra el *usurpador* Amadeo, hijo de aquel otro usurpador que reinaba en el Quirinal. En mil ochocientos setenta y dos, don Carlos de Borbón lanzaba al campo sus fanáticas huestes y se presentaba en Navarra, cual si quisiese acaudillarlas en persona. Escarmentado en Oroquieta, faltóle tiempo para ponerse en salvo, refugiándose en territorio francés; mas, oculto en los alrededores de Bayona, fomentó la guerra civil, que á poco ensangrentaba todo el Norte de España, sin que lograra ponerle término el general Serrano, con el convenio de Amoravieta.

Había perfecta unidad de miras entre don Carlos de Borbón y el conde de Chambord, por ser ambos Borbones y, además, estar casado el primero con la princesa Margarita, sobrina carnal del segundo. Los realistas franceses no perdonaban medio de favorecer á don Carlos, y comprendiendo el eficaz auxilio que podían prestarse uno á otro, los dos campeones de la llamada legitimidad se desvivían, de acuerdo con el clero, por restaurar el trono de Francia, multiplicando las manifestaciones políticas, los actos religiosos y las peregrinaciones. Los jefes del legitimismo francés, que contaban con buen número de diputados en la Asamblea nacional, intimaban á Thiers, en tono amenazador, que orien-

tase su política hacia la derecha. Era evidente que, unidos los tres partidos monárquicos, el legitimista, el orleanista y el bonapartista, derribarían al insigne repúblico, tan luego no le necesitasen para reorganizar el ejército y librar á su patria de la presencia del extranjero. Y no parecía lejano este momento. Bajo la dirección perseverante é inteligente del antiguo ministro de Luis Felipe, Francia se reponía de sus heridas y recobraba rápidamente las fuerzas. Celebrada en veinte de Junio otra convención con los alemanes, éstos evacuaban seis de los departamentos ocupados, mientras el éxito asombroso del empréstito abierto para saldar la cuenta pendiente por indemnización de guerra, demostraba la vitalidad del país y los inagotables recursos de que disponía. Finalmente, la ley de veintiocho de Julio, estableciendo el servicio militar obligatorio, hacía presumir que, dentro de breves años, Francia tornaría á ser una nación poderosa.

Bismarck creyó llegado el momento de perfeccionar el acuerdo austro-alemán. Andrassy, á diferencia de Beust, estaba animado de las mejores disposiciones, y acosado, como se veía, por el eslavismo, no era para él cosa de poca monta el asegurarse los buenos oficios del gobierno germánico. Recientemente, había tenido necesidad de disolver la dieta bohemía, donde los checos combatían sañudamente su política. Por tanto, habiéndole propuesto Bismarck ir á Berlín con el emperador Francisco José, aceptó sin vacilar la invitación, y en los primeros días de Septiembre se presentaban el monarca austriaco y su canciller en la corte de Guillermo I: el objeto de la visita era convenir en los términos del pacto que debía ligar á los dos imperios.

Rusia experimentó alguna alarma, comprendiendo que la aproximación de las dos grandes potencias del centro envolvía un peligro para su política. El aislamiento del coloso moscovita era completo á la sazón; pues hasta Thiers le trataba con alguna reserva, bien por el temor de comprometer á su patria, bien resentido de la conducta poco sincera que había observado con él, en mil ochocientos setenta, el gabinete de San Petersburgo. En tal situación, Rusia dejó traslucir claramente que se asociaría con gusto al concierto preparado por Bismarck. Agradóle la idea á este último, á quien constaba que el emperador Guillermo ejercía sobre su sobrino un ascendiente personal que las circunstancias podían haber debilitado, mas nunca destruído. Resolvieron, pues, en Berlín invitar también al Czar á la reunión. En su consecuencia, el emperador Alejandro fué á Berlín con Gortchacof, quedando sometido otra vez, por algún tiempo, á aquella especie de fascinación que tantas veces le encadenara á la política germánica. Verdad es que Bismarck supo herirle en el flaco, que no era otro sino el terror, fundado ciertamente, que le inspiraban los progresos de las sectas revolucionarias en su país. El espectro del nihilismo asediábale noche y día, y como, por otra parte, el canciller alemán le prometía su leal concurso para arreglar á su gusto la cuestión de Oriente, se mostró propicio á estrechar amistades con el imperio austro-húngaro.

La entrevista de los tres soberanos produjo el acuerdo que se llamó impropriadamente *la alianza de los tres emperadores*. No se celebró, en realidad, ningún tratado; hubo tan sólo una inteligencia, mediante un cambio de notas, en que las tres potencias se comprometían: primero, á mantener en Europa el estado territorial, resultante de las últimas transacciones diplomáticas; segundo, á resolver de común acuerdo las dificultades que la cuestión de Oriente, siempre en pie, podía volver á suscitar de un momento á otro; tercero, á refrenar la revolución, que amenazaba indistintamente todos los tronos. Venía, pues, á ser aquello como un ensayo de otra Santa Alianza, en la que se esperaba ver entrar pronto á la Italia monárquica, y que Bismarck pensaba dirigir no contra los liberales, sino contra los republicanos y los socialistas, por lo que calificóse el acuerdo establecido de «Liga del sistema del orden contra la república social.» Sin embargo, la amistad de que los tres emperadores alardeaban era, en el fondo, bien poco sincera. Austria-Hungría, sin duda, se supeditaba á Alemania, por no tener otro recurso; pero Rusia, desconfiada y recelosa, reservábase *in pectore* completa libertad de acción. No era Gortchacof tan cándido que no adivinara el juego de Bismarck, quien, acercando entre sí á las dos cortes de Viena y San Petersburgo, se proponía sencillamente que se sirvieran una á otra de contrapeso.

Los historiadores alemanes celebran con razón como un triunfo de su patria la inteligencia concertada en Berlín, diciendo uno de ellos con este motivo: «La entrevista de los tres emperadores significó el reconocimiento, por Europa, del imperio alemán, resucitado en medio del ruido de las batallas como baluarte de la paz, y así lo comprendió el mundo entero..... La gran creación del año mil ochocientos setenta y uno no necesitó el reconocimiento solemne que el advenedizo protegido por la fortuna cree tan necesario..... Lo que dijo el general Bonaparte al marqués de Gallo en mil setecientos noventa y siete, hablando de la república francesa, podía aplicarse con más justicia al imperio alemán, el cual si no lucía precisamente desde que nació, como el sol en el firmamento, era, no obstante, un hecho que no necesitaba ser reconocido por nadie..... Con todo, no es indiferente para el Estado más fuerte saber cómo le consideran sus vecinos más poderosos, si se muestran fríos, sigilosos y desconfiados, hasta ver si la nueva creación se consolida, ó si le miran como un aliado natural, por tener amigos y enemigos comunes, para dar entonces con su reconocimiento solemne expresión pública de la solidaridad de sus intereses. Tal fué precisamente el objeto de la visita de los emperadores de Rusia y Austria. Esta última potencia hizo patente con dicha manifestación su renuncia definitiva á todo plan de venganza, y la otra reiteró la expresión de su antigua amistad». A los escritores franceses dotados de la suficiente imparcialidad para apreciar las cosas sin pasión, no se les ocultó el verdadero sentido ni el alcance del acto realizado en Berlín. Juan Lemohine se expresó así en el *Diario de los Debates*: «Sería sensible que la atención de Francia no se

fijara, por hacer alarde de fingida indiferencia, en lo que pasa en Berlín. Harto tiempo hemos vivido en medio de ilusiones y de la más punible ignorancia. El despertar ha sido terrible y la lección durísima, y ya es hora de que sepamos aprovechar nuestra desgracia. La entrevista, enteramente personal, de los emperadores de Alemania, Rusia y Austria es el suceso más importante ocurrido desde la última guerra. Se verifica esta conferencia con exclusión de Inglaterra y de Francia, es decir, con exclusión del Occidente, que ha sido durante más de cincuenta años, por su influencia favorable al progreso, la columna fundamental del sistema europeo y el sostén de la paz general, á través de tantas vicisitudes. Es evidente que el centro de gravedad del equilibrio político del Continente está ahora en Berlín. Aparte de los engaños y conclusiones erróneas con que ha querido disfrazarse la entrevista de esos tres hombres, dueños absolutos del poder y del ejército en sus respectivas naciones, levantemos el velo que oculta la verdad brutal, confesando sin rodeos que su unión va dirigida contra nosotros, que Francia es el objeto de la conferencia. Lejos está de nuestro ánimo decir que Francia se vea hoy más amenazada que ayer, ó que deba prepararse á afrontar sucesos que no ha provocado. La invitación dirigida por el nuevo imperio á los jefes de los dos Estados que antes eran más potentes que Alemania, tiene, en nuestro concepto, carácter defensivo, no agresivo. La visita de los emperadores de Rusia y Austria á la capital germánica quiere decir, simplemente, que si nos propusiésemos reñir otra vez, no encontraríamos aliados. Hoy estamos solos, y solos estaremos mañana: hé aquí la enseñanza que sacamos de la entrevista de los tres emperadores».

Guillermo I visitó, acompañado de su canciller, á Alejandro II y á Francisco José en Mayo de mil ochocientos setenta y tres, y á la vuelta de este viaje, fuerte con la autoridad moral y la seguridad que le daba el pacto de Berlín, arreció en sus ataques al enemigo, al par interior y exterior, que en su atrabilis apellidaba la *Internacional negra*. El gobierno prusiano se hallaba tanto menos dispuesto á ceder en su lucha con los ultramontanos, cuanto que los progresos de éstos en Francia eran de cada vez más visibles. Las fracciones monárquicas de la Asamblea nacional, no obstante no estar de acuerdo en la persona que debía ocupar el trono, se habían coaligado resueltamente para impedir á Thiers consolidar la república. Es muy instructiva la correspondencia mantenida entre el conde de Arnim, embajador de Alemania, y el canciller de hierro, con motivo de las maquinaciones que se tramaban en Francia. El conde de Arnim quería que se favoreciese á los bonapartistas, quienes, más atrevidos que sus compañeros de coalición, proyectaban restaurar el imperio napoleónico por un golpe de mano. Bismarck, por el contrario, recomendaba al embajador que observara la misma reserva que hasta entonces y considerase como su deber más elemental el apoyar al gobierno existente, mientras lo encontrara dispuesto á mantener la paz y á seguir pagando la indemnización de guerra. El